

MASACRES / CUATRO DÍAS CON LA COMUNIDAD DE PAZ

El camposanto de San José de Apartadó

El reconocido fotógrafo Jesús Abad Colorado acompañó a la Comunidad de Paz en la búsqueda de los cadáveres de las masacres del pasado 21 de febrero. Esta es su historia.

TEXTO Y FOTOS: JESÚS ABAD COLORADO
Especial para EL TIEMPO

No puedo guardar más silencio. Estuve cuatro días con la Comunidad de Paz de San José de Apartadó. Quise viajar a la zona para documentar fotográficamente la búsqueda de sus líderes y familiares asesinados, en las veredas del cañón del Río Mulatos, en la Serranía de Abitche. A un lado Antioquia, al otro Córdoba. Una región rica en bosques y aguas, que desde hace una década no cesa de ver parir, huir y morir a sus antiguos dueños, los campesinos. Muchos de ellos de la Comunidad de Paz.

Jueves 24 de febrero

En la noche recibí un correo con la trágica noticia del asesinato de siete personas de la Comunidad de Paz. "No podemos decir más, el dolor nos embarga tan profundamente que solo podemos llorar...". El comunicado responsabilizaba a miembros del Ejército por las muertes y anunciaba la salida de una comisión hacia la vereda La Resbalosa, a nueve horas de San José, para buscar los cuerpos.

Desde 1997, año en que conocí la población en el Urabá antioqueño, después de la declaración de la Comunidad de Paz, he visto crecer el Monumento a la Memoria. Está hecho en piedras que traen del río y en cada una escriben el nombre de las personas asesinadas. Ya suman más de 150.

Viernes 25 de febrero

Llegué a Urabá pasadas las 10 y 30 am. Con una persona de la Comunidad, viajamos en un "chivero" hasta San José. Llegamos antes del mediodía. El calor era intenso y los pocos pobladores esperaban con ansiedad el reporte de los acompañantes internacionales, que habían partido con los campesinos en la madrugada hasta La Resbalosa.

A las 1 y 30 pm llegó el reporte. "La comisión de la Comunidad de Paz había llegado antes del mediodía, primero que las autoridades judiciales. No creían que se logra hacer las exhumaciones de todos los cuerpos esa tarde". El regreso sería al otro día. Le pedí el favor a las dos personas que me habían esperado que me dijeran. Con muchas dudas, bendiciones y algo de alimentación partimos a las 2 pm.

El ascenso por uno de los brazos de la Serranía de Abitche comenzó rápido. El miedo a la llegada de la oscuridad me empujaba más de lo que podía caminar la mula. La voz tranquila de Pedro*, uno de los campesinos, me volvió la calma. "Estos animales saben para dónde vamos y regulan su paso, si lo apura, no tendrá energía para subir al Alto de Chontalito".

Casi a las 4 pm, nos alcanzó Don Alberto*, un hombre de manos grandes y fuertes. "Es que esos muertos tienen muchos dolientes y eran como nuestros hijos", recalcó. El camino se hizo menos largo y tenso con sus historias duras y dulces y por el amor que le tienen a esta tierra. A pesar del dolor y el miedo, estaban llenos de dignidad y esperanza.

"Mire estas montañas tan bellas y productivas y ahora tan abandonadas. Mi padre nos levantó en ellas. Esta es mi vida. Aquí vivo con mi mujer y mis hijos y así sea con yuca y cacao vamos a sobrevivir. No pienso desplazarme, ya lo hemos hecho y eso es muy duro. Son 8 o 9 años de persecución y atropellos. Es una rabia que manejan con nosotros, incluso de parte del Estado. Todo por no hacerlo el

juego a ninguno que maneje armas, todos quieren utilizarlos".

La tarde fue cayendo, el frío de la neblina nos borró el paisaje montañoso. A los lados, un bosque tupido y los micos tiri que saltaban huyendo. Estábamos próximos al alto de Chontalito, en una de las crestas de la Serranía de Abitche. La bajada fue más dura de lo imaginado, pero me alegró el horizonte, un poco más despejado, y ver el cañón del Río Mulatos. Eran las 6 pm y, frente al cerro Chontalito, del cual descendíamos, nuestro destino, las montañas de La Resbalosa. Estas dividen a Antioquia de Córdoba, con el municipio de Tierraalta.

A las 7 y 15 pm, escuchamos el ruido de dos helicópteros que salían de la montaña. Entendimos que había terminado la exhumación. Minutos más tarde nos topamos con la comisión que había partido en la madrugada. Eran cerca de 80 personas que, a pie y a caballo, bajaban la finca de Alfonso Bolívar Tuburquia, uno de los líderes de la Comunidad de Paz asesinados y en cuya cacería fueron encontrados las fosas con los cuerpos mutilados. Una fila interminable de luces y corazones partidos por el dolor descendió rápidamente desde La Resbalosa hasta el Río Mulatos. Hubo silencio. Solo escuchábamos las chicharras y los jadeos de las bestias.

En el río, iluminado por la luna, la comisión se detuvo un momento a esperar otro grupo. Varios líderes nos informaron que los cuerpos encontrados fueron cinco. "Había huellas de tiros en la cocina, unas palabras escritas con tiza de leña y manchas de sangre por el piso y de una mano que se resbalaba por la madera. Los cuerpos estaban en dos fosas, a pocos metros de la casa y en medio de la cacería. Allí encontramos a Alfonso Bolívar, su esposa Sandra Milena Muñoz y a sus hijos Santiago, de 20 meses, y Natalia Andrea, de 6 años. También encontramos el cuerpo de Alejandro Pérez, que trabajaba en la recolección de cacao con Alfonso. Hubo trabajadores que buyeran. A los adultos los descuartizaron, solo quedaron en tronco. A la niña de 6 años le cortaron un brazo y le abrieron el vientre, igual que al niño de 20 meses. Luis Eduardo Guerra y su familia no estaban en las fosas, pero una comisión salió antes del anochecer para verificar en algunos sitios cercanos al río en donde fueron detenidos".

Minutos después, apareció la otra comisión con la noticia de que habían hallado el sitio donde estaban los otros cuerpos. Luis Eduardo, Deiner y Bevanira. "Están río abajo y al aire libre, más allá de la escuela y a un lado del camino que lleva al antiguo centro de salud de Mulatos. La cabeza del niño la vimos a orillas del río y cerca de los cadáveres. Hay que matar porque los "chulos" (gallinazos) se los están comiendo". Nos devolvimos por la cabecera del río cerca de media hora; nadie quiso hablar. Solo el sonido del agua que descendía de la Serranía de Abitche estaba en sus ojos y oídos.

El grupo en que voy con cerca de 40 personas, parte a las 6 de la mañana. 40 minutos después de caminar por el lecho del río, los gallinazos advierten

ESTE ES EL MONUMENTO A LA MEMORIA, hecho con piedras del río que los habitantes de San José de Apartadó han ido marcando, cada una, con el nombre de los más de 150 campesinos asesinados desde 1997.

EL DOMINGO 27 DE FEBRERO, la comisión de la comunidad acompaña a habitantes de la vereda El Berro hacia San José de Apartadó.

Son casi las 10 pm y estamos juntos a una pequeña casa de madera y techo de paja. Hay una sola habitación y varias familias.

Una de las mujeres de la comunidad, que relata su nacimiento en esta zona, cuenta que "hasta hace una década vivíamos unas 200 familias en todo el Cañón del Mulatos. Había tiendas comunitarias, escuela, centro de salud y de eso no hay sino ruinas. Tanta incursión armada y las muertes de campesinos nos han ido sacando de nuestras tierras. Hace un año había cerca de 90 familias y con una incursión de Ejército y paramilitares solo quedaron como 16. Ahora, quién sabe cuántas van a quedar".

Otros campesinos señalan el cañón de Mulatos y hablan de Nueva Antioquia en Turbo. "Desde allí, los paramilitares han organizado muchas incursiones y las coordinan con el Ejército. Con la destrucción del Bloque Banaquero y la llegada de la policía al corregimiento de Nueva Antioquia, han montado otros grupos y campamentos más adentro, hacia esta zona limitrofe con Mulatos, en un lugar conocido como Rodacali".

La noche es clara por la luna. El grupo se prepara para dormir, unos contra otros y bajo el mismo cielo.

Sábado 26 de febrero

El día empieza desde las 5 am. La comisión se reparte tareas. Un grupo regresa a San José de Apartadó, para preparar el sepelio. Otro bajará a cuidar los cuerpos y esperará a que hagan el levantamiento. Los acompañan miembros de las Brigadas Internacionales de Paz (BIP) y de Fellowship of Reconciliation (FOR). Uno pequeño, debe buscar yuca y preparar algo de alimento.

El grupo en que voy con cerca de 40 personas, parte a las 6 de la mañana. 40 minutos después de caminar por el lecho del río, los gallinazos advierten

la llegada al sitio. A orillas del Mulatos, que por esta época está un poco seco, se encuentra lo que queda de la cabeza del niño de Luis Eduardo. Deiner Andrés, de 11 años: el cráneo y algunas vértebras. 15 metros más arriba, está el resto del cuerpo del niño y el de su padre. También el de Bevanira Areiza, de 17 años y compañera de Luis Eduardo. Sus cuerpos están entrecruzados. De ellos poco queda. No hay señales de tiros en sus cabezas. El cuerpo del niño y su padre aún tienen las botas puestas. Bevanira, no. Está descalza y su cuerpo está una parte sobre el de Deiner y el resto doblado contra el de Luis Eduardo. La sudadera verde de Bevanira está remanada a la altura de la rodilla. Cerca del cráneo del niño, a 5 o 6 metros, está un machete fido entre la maleza que bordea el río. 30 metros más abajo, en la mitad del Mulatos, entre las piedras, está una bota pequeña y negra de Bevanira y 15 metros más allá está la otra, casi partida de un tajo a la altura de la espina. Muy cerca está otro machete.

Los miembros de la Comunidad de Paz, se detienen y observan el cráneo del niño. Luego suben hasta los cuerpos. No hay lágrimas. Sus ojos miran y se asustan. No hay palabras. El silencio lo rompen uno de los líderes y el abogado: "Que nadie vaya a coger algún elemento en los alrededores. Las pruebas no se pueden tocar. Es importante que la Fiscalía los recoja para la investigación".

El grupo se retira a la otra orilla. Solo ahora el llanto de una hermana de Luis Eduardo, que se queda a su lado, hace eco y taladra hondo en este silencio. Las lágrimas ruedan ahora por muchas mejillas. Pasan los minutos y las horas y nada de helicópteros, ni comisiones de fiscales. Los brigadistas desde un satélital se comunican y recuerdan, una y otra vez, el sitio de recogida de los cuerpos.

A las 11 am, llega el desayuno. El día está despejado y se nos informa que hay una nueva familia esperando para desplazarse en la casa donde amanechimos. Varios jóvenes armados de cuchillos lanzan piedras a los gallinazos que se arrocinaban en las copas de los árboles y a los cerdos que merodean.

Son las 2 y 30 pm. Los acompañantes de BIP, al ver que no llega la Fiscalía y sin posibilidades de comunicación con sus sedes, deciden regresar a San José. Ofrecen regresar al otro día o el envío de un nuevo equipo de brigadistas en caso que se sigan morando las diligencias. El grupo de la Comunidad decide permanecer cuidando los cuerpos.

A las 4 pm, el ruido de dos helicópteros

truenos anuncia la llegada de la Fiscalía. Eso creen todos. El grupo se dirige hasta el micropuesto de salud con las banderas blancas, donde hay un lugar despejado para el aterrizaje. Tratan de llamar la atención de los pilotos. Estos llegan hasta La Resbalosa, baja un helicóptero y otro vigila desde el aire, luego se dirigen a El Berro, baja nuevamente el mismo helicóptero y descargan la tropa que recojen en La Resbalosa. Repiten una y otra vez la operación hasta completar cuatro o cinco viajes. Estas acciones no duran, pues ambas montañas están frente a frente y, por la mitad, baja el Río Mulatos. A pie, el camino es de una hora. Los campesinos volan sus camisas, prenden fuego, hacen malabares, pero los helicópteros se pierden de nuevo entre las nubes.

A las 5 y 15 pm, llega una comisión de soldados y policías. No se acercan, preguntan por los representantes de la Comunidad y les piden hablar a solas. Va uno de los líderes con el abogado. Más tarde, un capitán de la Policía me llama y se presenta de manera muy amable, es el capitán Castro. Me pregunta para qué trabajo y si puedo hacerle una serie de fotografías a los cuerpos, para las diligencias del levantamiento, por si no llega la Fiscalía.

Al devolverme, los campesinos me dicen que un soldado su identificación se llevó el machete que estaba cerca de las botas de Bevanira. El soldado lo limpia y lo afila contra las piedras. Al ver que lo observo, se volta de espaldas. Al bajar el abogado y el representante de la comunidad les cuentan y estos suben a hablar con el capitán. Le piden informar al superior del Ejército "porque es una manipulación de pruebas". Al regresar donde se encuentran los campesinos, están en mayor zozobra. "El soldado que cogió el machete, pasó por nuestro lado y, sin vergüenza o pena por lo que vivimos, nos hizo señas y dijo que ese machete era el degollador".

El oficial plantea que hasta el día siguiente no va a ser posible el levantamiento, que amanecerá en un lugar cercano y va a vigilar que los animales no sigan destruyendo los cuerpos. El representante de la Comunidad y el abogado, les informan a este oficial y al del Ejército que al día siguiente "la comunidad hará dos comisiones, una regresará hasta el mismo sitio a esperar que recojan los cuerpos y otra saldrá hasta la vereda El Berro, donde no se sabe nada de algunas familias, a pesar que viven muy cerca". El oficial del Ejército les responde que en esa vereda están ellos y allá no hay familias. La comunidad insiste. A las 7 pm regresa al sitio de dormida.

LOS CADÁVERES MUTILADOS de Luis Eduardo Guerra, su esposa Bevanira Areiza, de 17 años, y su hijo Deiner, de 11, el sábado 26, hacia las 7 de la mañana.